

GENERACIONES QUE YA NO SUEÑAN

Por Álvaro Claro Claro

El avance imparable de la tecnología hace que todos los días nos encontremos con un nuevo aparato que supera en características y es más avanzado que el equipo adquirido hace unos pocos meses por lo que surge la necesidad imperiosa de adquirirlo. Nos hemos vuelto adictos a lo nuevo; mejor pantalla, mejor resolución, mas espacio de almacenamiento, más funciones, etc.

La tecnología avanza en avión mientras nosotros vamos por bus; los avances del ser humano para las generaciones de hoy no significan nada, han perdido la capacidad de asombro. Estamos creando una sociedad que se mantiene en modo "Zombie" donde toda la atención se centra en una realidad virtual que nos entregan estos pequeños dispositivos electrónicos dejando de lado lo que se encuentra frente a nosotros y realmente es importante.

Lo anterior me hace recordar el inicio de la novela de García Márquez donde Aureliano Buendía recuerda frente al pelotón de fusilamiento la vez en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Una familia de gitanos visitaba con frecuencia a Macondo y cada vez, convocaban con pitos y redobles de tambor a sus habitantes para dar a conocer un nuevo invento. Es así como los maconderos, entre ellos Aureliano, conocieron también el Imán, la lupa y el catalejo. Cada invento que asombraba y alborotaba a este pueblo perdido de la costa era mostrado como la última maravilla de los inventores del antiguo continente y Melquiades, uno de los gitanos, era considerado como un mago de otro planeta.

Igualmente quienes hoy llevamos en nuestras espaldas el peso de más de cincuenta almanaques, pudimos ser testigos de situaciones similares a la que describe magistralmente nuestro Nobel García Márquez en su famosa novela.

Personalmente, en mi infancia, no tenía todavía los seis años cumplidos, mi padre también me llevó a conocer un invento que durante muchos años me dejó completamente impresionado, asombrado y con la boca abierta al ver su funcionamiento.

Vivíamos para esa época, eran los primeros años de la década del 60, en un pequeño campo que todavía hace honor a su nombre: "El Silencio", ubicado en la vereda La Rosa Blanca a pocos kilómetros del poblado; que yo recuerde, era la primera vez que asistía a las fiestas patronales en honor a la Virgen de las Mercedes y también la primera vez que estrenaba pinta y zapatos "Cauchosol". ¡Se imaginan la emoción!

Eran las seis de la tarde, en compañía de papá y del primo Ramón, veterano en estos festejos, vivía en el pueblo y ya asomaba a los 9 años, me convidan a realizar un recorrido por las calles adornadas para las fiestas con festones, cadenetas y flores. En la esquina del parque, en lo que hoy es la Alcaldía Municipal, abriéndonos paso entre el tumulto, las ventas de comidas y los juegos de azar pudimos acercarnos para descubrir un invento que para mí fue la revelación de la inventiva humana.

Un estrepitoso motor que seguramente era impulsado por ACPM, parecía que de un momento a otro se iba a reventar lanzando pedazos de hierro, tuercas y tornillos por todo el parque. La luz mortecina de una lámpara de gasolina dejaba ver unas correas que impulsaban un dispositivo el cual sostenía en la parte superior una inmensa ponchera de aluminio como las que utilizaban las señoras de la vereda para cargar y lavar la ropa a la orilla del playón. En el centro de la ponchera, muy ajustado, se podía

apreciar un mecanismo que giraba velozmente y del cual emanaba un aroma indescriptible. Juan Rulfo se aproxima en la descripción que hace de esta sensación en Pedro Páramo: "*Como cuando abren los hornos y huele a pan recién horneado y a miel derramada*".

- Eso es una máquina de hacer algodón de azúcar - Me confirma el primo sonriente y con cara de sobrado al notar mi desconcierto y sorpresa.

¿Cómo así? y eso para qué sirve? Preguntaba intrigado.

Aguardate un ratico pa' que aprendás, so campero.

Efectivamente, un hombre de avanzada edad manipulaba la máquina; de magras carnes y con el pelo alborotado por el viento frío que bajaba de la montaña, imperturbable ante los espectadores, con la parsimonia de un experto, vaciaba en el pequeño mecanismo que giraba una sustancia granulada de color rosado; segundos más tarde, como por arte de magia se empezaba a formar una especie de niebla sobre la superficie de la ponchera hasta cubrirla completamente en cuestión de segundos. Con una fina vara, como si dirigiera una orquesta, el dueño de la función, con gran destreza va armando grandes copos y los coloca, uno a uno en lo alto del tronco de un maguey formando un hermoso árbol rosado. Comprender como funcionaba esta máquina era algo que superaba mi escaso entendimiento.

- Eso es azúcar pintada, pendejo; el calor y la velocidad forman el algodón -Me advierte el primo con aire de sabiendo bajo la complicidad de mi padre quien calladamente se aleja buscando otra distracción.

Minutos más tarde, ya entrados en confianza con este nuevo descubrimiento, protegidos por la penumbra de la noche, esperábamos cautelosos que algún conocido comprara tan apetecido manjar y como quijotes que embisten molinos de viento, nos abalanzábamos sobre botín de nieve rosada. La magia con que aparecía el algodón en la ponchera era la misma con que desaparecía en nuestra boca, mitigando así la ansiedad por probar el producto de este gran invento.

El mismo asombro nos produjo enterarnos de la radio, el cine mudo, la televisión, los viajes al espacio, la grabación del sonido en casetes, el Beta, el Vhs, etc. sin mencionar la llagada a nuestras vidas de la tecnología digital que para esos tiempos ni siquiera llegábamos soñar y que seguramente será motivo de una nueva nota.

Ahora los niños apenas abren los ojos tienen a su disposición los Play station, televisión con mil canales, pantallas del tamaño de una pared, Ipad, iphone, computadores de bolsillo, robots, autos y aviones que se tripulan por si solos; la internet que pone el mundo en las manos al instante y uno no entiende como todas estas maravillas son utilizadas de la forma más inapropiada. Para chatear con el amigo que vive en la casa de al lado, para comunicarse con sus padres que duermen en el cuarto vecino y para publicar su retrato cada cinco minutos en las redes sociales o para anunciar que comerán en la noche. Que desperdicio...

Álvaro Claro Claro

Publicado en Horizontes Culturales No. 51 del mes de abril de 2017